

Se "La Estrella del Norte", Ant. 5. 17 - XI - 70 -



Los sábados de Andrés Sabella.

"Juan Estrella"

★ Lo que determina la literatura de María Flora Yáñez es el recuerdo, ese precipitarse a lo que fue, buscando, allá, entre las brumas y los fantasmas, lo que desveló su corazón y a los que se aproximaron a ella, madurándola de porvenir. Es la suya una literatura que, de asignarle sabor, lo pediría agri-dulce, porque, ahora, evoca la escritora, condoliéndose y regocijándose, al par, en esta reconstrucción de sí misma. Para nosotros, el recuerdo —y, sustancialmente, el de su infancia— es el personaje clave de muchas de sus páginas mayores y, desde luego, el de los cuentos de "Juan Estrella" que Editorial "Del Pacífico" reactualiza en su impresión de 1970. La primera se tiró en Madrid, en diciembre de 1954.

María Flora Yáñez se ha sentado delante de aquella ventana secreta que todos abrimos en alguna pared de la vida y, allí, en soledad y en ansiedad, se halla en la vigilia de sus primeras visiones y emociones, las que redondearon su sensibilidad y la acomodaron al fuego creador, obligándola a vivir varias veces. Este nos parece que es su trance: el de una criatura de vidas multiplicadas en su propio desgarramiento. Vivió, naturalmente, en la ley de los sucesos y a éstos los vivió, inmediatamente, en la memoria, para no olvidarles, ni en el detalle menos fuerte, cuando debiera vivirlos, finalmente, en el arte.

En esta etapa se encuentra, reina y esclava de sus experiencias, yendo y viniendo del fondo de los días en los que, niña, buscaba en el aire de lo cierto y lo incierto, una cifra de felicidad. En "La perspectiva del tiempo", cuántas esperanzas deshilachadas, cuántas llaves perdidas, cuántos instantes resplandecientes que concluyeron engrisados y feos!

Esta insistencia de su quehacer "en pasado", lleva a María Flora Yáñez a una especie de culto, en sus cuentos: el culto de la luz muriente. Siempre palpita en sus páginas "un último rayo de sol", vibran unos "reflejos de color" que nos transportan lejos, asoma "una luz amarilla". A quien existe en acecho de sus lejanías, ¿qué otra luz conviene más, que esta, de agonías?

Pero, si, continuando con estas ideas de buscamos un sol que la exalte y la dore de alegría, este sol es el de su niñez. Lo conocimos en sus "Visiones de Infancia", que en su cuarta edición se llamará —¿definitivamente?— "Comarca Perdida". Lo sentimos en "Juan Estrella", cuando María Flora Yáñez nos habla de "Icha", para hablarnos de las horas encantadas de su chacra familiar. La visita, después de treinta años, para la melancólica despedida:

"Me voy. Para no volver, probablemente. Los fantasmas retroceden y se diluyen en la sombra. Les digo adiós, pero me llevo su irradiación, me llevo sus reflejos. Salgo de mi niñez. La puerta de reja, gimiendo, se cierra sobre un pequeño mundo mágico en el que dejo un pedazo vivo de mí mismo, el más puro, el más coloreado de esplendor". (págs. 37-38).

"Gertrudis" —por quien la niña María Flora Yáñez "sentía una extraña impresión de temor, como si en vez de una persona en carne y hueso me encontrara frente a algo impreciso, negro y blanco"— es la única sombra que oscurece su remembranza y Juan Estrella, el único ídolo que le sale al camino, inesperadamente, para exigirle recoger "jirones de luz de un pasado borroso" que doliéndole, "iba proyectándolos en la hora presente". En esta frase, levanta María Flora Yáñez su verdadera, su última, actitud: La luz en jirones, el ayer empalidecido, y, en el centro, la creadora, reviviendo y renaciendo después de cada palabra que la prolonga en estos cuentos de soplo humano, trazados por mujer de fuero pleno, artista en conciencia total de su misión.

El Ultimo Faro

Novela de María Flora Yáñez

La autora materializa con penetrante análisis envuelto en poesía, el abismo de soledad que existe entre el hombre y el artista. Miguel, personaje del cual ella se vale para mostrarnos el sollozante umbral de la época actual, entre un mundo que muere y otro que nace, está trazado con rasgos de infinito. María Flora nos lleva a través de la trayectoria de un artista y, sin perder el vuelo durante la novela, sitúa al lector en un clima vibrante y ~~embriagado~~, haciéndonos espectadores y a la vez participantes de la sensibilidad que lo mueve. Miguel es víctima y victimario, juez de sí mismo hasta el punto de destruirse en cada uno de sus actos con crueldad ~~desafiante~~.

Por momentos, Miguel, toma la altura de un campanario; y otros, se nos desvanece como un Hamlet sin tragedia.

Todo este juego emocional se proyecta en el lector mientras el personaje muere y resucita cada día. "~~¿Qué soplo adverso lo ahoga?~~ Se concentra con un hueco en el pecho. Y mira a su alrededor, como si en los objetos hubiera de encontrar la valla que detiene su vuelo", (pág. 50).

¿Cómo transigir? ¿Cómo doblegarse? El genio del padre proyecta sobre él su inmensa sombra, clavándolo en la nada. Y la secreta admiración de Miguel por ese padre remoto,

es enigmático y genial, es el tremendo obstáculo en su propia realización. "Sus ideas se canalizan limpiamente. Pero ¡qué difícil es ser el hijo de un buen poeta! Hay que mostrarse a la altura, aunque sea en otro terreno y ello, ese esfuerzo, ese respeto hacia un ser que está siempre allí, invisible pero poderoso en su altar, convierte al espectro en enemigo".

En otra parte, Miguel piensa: "¿Qué importa, al fin y al cabo, no saber hacia dónde se va. ¿Qué importa caminar a tientas y quedar fuera de la realidad del mundo. No se trata de ser feliz como cualquier burgués. Lo importante es encontrarse a sí mismo en medio de la niebla y dar un fruto, su fruto. O, quizás, algo más simple: saber para qué se vive y qué cosas habría que sacrificar para que

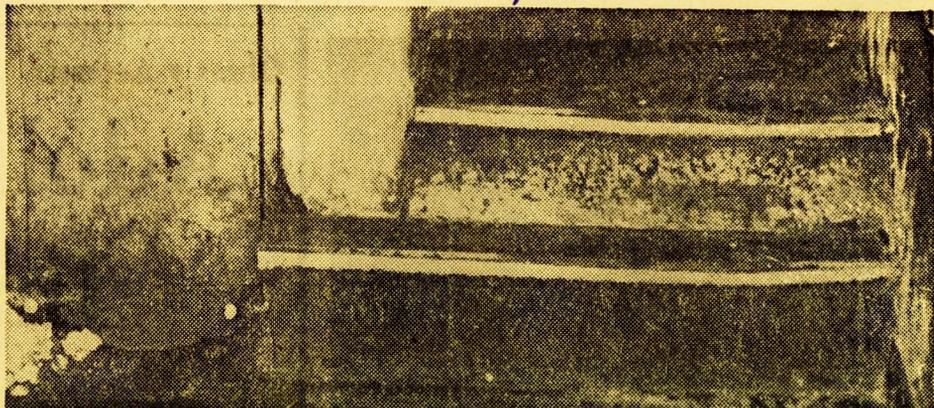
haya valido la pena haber pasado por el mundo". (Pág. 53).

La vida amorosa de Miguel es un eterno desencuentro. Se palpan los extremos: Sandra es vida. Mariana es muerte. Y a Virginia, la mujer cumbre del libro, la vemos situada en un plano puramente sensorial.

María Flora Yáñez se ha introducido magistralmente en ese túnel interior que lleva consigo cada artista y ha sabido tender el puente entre él y su mundo: "Es preciso enfrentarse con su gigante interior aunque tenga que llegar a él dando un rodeo". (Pág. 16). Con sutileza desprende a su protagonista del ropaje profesional y triunfador de hombre burgués y lo guía hacia la luz del último faro que no es sino el primero.

M. V.

Mayo 10 / 44



El Peldaño de María Flora Yáñez

Tuve la suerte de leer los originales de "El Peldaño" que su autora, la novelista chilena María Flora Yáñez, me facilitó durante una reciente permanencia en Buenos Aires. Quiero dar mi opinión sobre dicha novela que ahora recibo publicada por la nueva Editorial Gabriela Mistral.

Breve físicamente (apenas ciento catorce páginas, en formato pequeño) es, no obstante, una gran novela psicológica. El estudio de los tres protagonistas tiene una hondura vertical rica en matices. Penetra la autora en la mente de ellos como el médico que realiza una autopsia, extrayendo reacciones anímicas, sentimientos, pasiones, impulsos. Nora, sobre todo, la mujer principal, nos cautiva, prendida como está "a los faldones del drama". Y nos sentimos a su lado, tratando de ayudarla en sus sinsabores, en sus agonías pasionales. Fuera de Nora, es de mano maestra el contraste entre aquellos dos hermanos: Julio y Ernesto, artista profundo y primero; frívolo y versátil el otro, ver-

dadero don Juan que toma la vida como un juego.

Muy moderna a la vez esta novela. Cada personaje habla, expone sus pensamientos, sus conflictos, desnudando su alma ante el lector. Habla yo leído anteriormente "El Último Faro", de la misma autora, también intensa novela aunque diferente en todo sentido. Tanto en ésta como en "El Peldaño", nos asombran el lenguaje depurado, la novedad del tema y su estructura. Por ejemplo, escribe en alguna parte refiriéndose a Miguel, protagonista de "El Último Faro": "Estaba aburrido hasta el odio..." Y califica el remordimiento de "oscuro espasmo".

Me atrevo a decir que María Flora Yáñez es la Virginia Woolf de Hispanoamérica. Sólo que la prosa de Virginia es más difícil en su esplendidez, más nebulosa, como el clima de su vieja Inglaterra. María Flora, muy sensorial, posee esa claridad meridiana que sólo florece en los países jóvenes.

Uno de los mejores capítulos de "El Peldaño" es aquel en que Julio, el músico, al evocar

su adolescencia rememora su pasión por la aventurera madura y a la vez el embeleso que en aquella época le despertaban los diferentes Cristos de las capillas rurales. O sea, aparece el contraste entre lo pagano y lo místico, entre la visión estética de los Cristos junto al primer llamado del sexo.

Como indicó antes, abunda y seduce lo sensorial en la literatura de esta autora. En plena naturaleza sentimos los aromas del campo y palpamos la humedad de la tierra, nos cae encima el embrujo del cielo y nos ahoga la mole de las montañas. Es un torrente de panteísmo dionisiaco. En la ciudad, la atmósfera se vuelve cruel con sus ruidos, su humo, su población presurosa y angustiada, desgarrando a Nora que en vano se debate con su soledad y su drama.

Me pregunto por qué sus compatriotas no han promovido el nombre de esta gran novelista hasta llevarla a la fama universal.

Eduardo Carrión.
Buenos Aires, febrero de